

Agradezco mucho al RIBA que haya incluido mi nombre en la concesión de la medalla de oro de este año. Es un gran honor. Pero considero que mi presencia solo se justifica en representación de todos los arquitectos y los técnicos que hemos trabajado en las reformas de Barcelona desde 1980, especialmente mis colaboradores habituales Josep Martorell, David Mackay y Albert Puigdomènech.

Por primera vez esta medalla no se concede a un arquitecto, sino a toda una ciudad. Es una decisión muy importante. Las ciudades modernas no las hacen ni los arquitectos, ni los ingenieros, ni los urbanistas, ni los geógrafos, ni los economistas, sino el conjunto de los ciudadanos representados por los políticos elegidos democráticamente y que, previamente, han expuesto en público su idea política de la ciudad. A partir de este criterio, permítanme que desarrolle en 10 puntos una metodología urbanística, la que se dedujo de la realidad política de Barcelona.

### 1. La ciudad como hecho político

La ciudad es un hecho político y, por lo tanto, está cargada de ideología y de práctica política. La continuidad de una misma ideología y unos mismos programas en los tres alcaldes socialistas --Serra, Maragall y Clos-- y en sus colaboradores ha hecho posible una transformación coherente de Barcelona. Y ha hecho posible seleccionar unos técnicos que personalmente y profesionalmente comulgasen con las mismas ideas políticas.

### 2. La ciudad como ámbito de la colectividad

Estas ideas políticas y urbanas parten de una afirmación radical: la ciudad es el ámbito físico indispensable para el desarrollo moderno de una colectividad coherente. No es el lugar del individuo, sino el lugar de los individuos que constituyen una colectividad. Es el lugar que ofrece mayores garantías para la información, para la accesibilidad al producto de esa información y para la incitación de cualquier programa socio-político. No hay civilización sin estos tres factores. Las nuevas voces de la tecnología suelen decir últimamente que la ciudad tradicional va a ser substituida por unas redes telemáticas que constituirán una ciudad sin lugar. Esto es, ante todo, un disparate antropológico y ecológico. Es un vaticinio promovido por las ideas políticas que están en contra de la prioridad de lo colectivo y a favor de la privatización de los ámbitos públicos al servicio de las clases económicamente dominantes.

### 3. La conflictividad y el azar como instrumentos de información

La ciudad aporta unos instrumentos informativos que son insustituibles. Me refiero a la presencia enriquecedora de la conflictividad y del azar. Solo con la superposición conflictiva de las singularidades y las diferencias se avanza en el proceso de civilización. Se pasa de la estructura de tribu a la cohesión civilizadora de la ciudad.

La ciudad es un centro enriquecedor de conflictos que solo se resuelven en su propia afirmación o en la convivencia de otros conflictos que tienen orígenes distintos. Aunque sea refiriéndome solamente a temas morfológicos me parece que el gran error del urbanismo de la Carta de Atenas fue el intento de anular esos conflictos. Anularlos en vez de resolverlos con el reconocimiento de otros conflictos. Las autopistas urbanas, las 5 vías de Le Corbusier, la zonificación funcional, los centros direccionales, las grandes áreas comerciales no han resuelto ningún problema y, además, han destruido el carácter y la función de muchas ciudades europeas.

#### 4. El espacio público es la ciudad

Si partimos de la idea de que la ciudad es el ámbito físico para el desarrollo moderno de la colectividad habrá que aceptar que en términos físicos la ciudad es el conjunto de sus espacios públicos. El espacio público es la ciudad: he aquí uno de los principios básicos en la teoría urbana de los tres alcaldes socialistas de Barcelona. Debo advertir que cuando hablamos de espacio público no nos referimos solamente a los espacios urbanos -- calles, plazas, jardines-- sino también a la inserción de la arquitectura de los servicios colectivos.

Para que el espacio urbano cumpla su cometido tiene que resolver dos temas: la identidad y la legibilidad.

#### 5. Identidad

La identidad de un espacio público se relaciona con la identidad física y social de todo su entorno. Pero la identificación tiene unos límites dimensionales que normalmente son más reducidos que los de la ciudad entera. Por lo tanto, para mantener y crear auténticas identidades colectivas hay que entender la ciudad no como un sistema global, unitario, sino como una suma de pequeños sistemas relativamente autónomos. En los casos de reconstrucción de la ciudad existente estos sistemas autónomos pueden coincidir con los barrios tradicionales. En los casos de extensión o de nueva implantación habrá que determinar los nuevos límites físicos y sociales. Entender la ciudad como una suma de barrios o de fragmentos identificables --sin olvidar, no obstante, otras coherencias generales - -creo que ha sido también uno de los criterios básicos en la reconstrucción de Barcelona con toda su carga política y con la creación de los debidos instrumentos administrativos descentralizados.

Pero no se trata sólo de la identidad del barrio, sino de la propia identidad representativa de cada fragmento del espacio urbano, es decir de la coherencia de su forma, su función, su imagen. El espacio de la vida colectiva no puede ser un espacio residual, sino un espacio significativo, proyectado, minuciosamente diseñado, al que han de supeditarse las construcciones públicas y privadas. Si no se establece esta jerarquía la ciudad deja de existir como se puede comprobar en tantas periferias y tantos suburbios de las ciudades europeas que han perdido sus valores urbanos para convertirse en parodias de algunas ciudades americanas o asiáticas.

#### 6. Legibilidad

Como he dicho antes, la forma diseñada del espacio público --es decir, de la ciudad—ha de reunir otra condición indispensable: ser fácilmente legible, ser globalmente comprensible. Si no es así, si el ciudadano no se ve conducido por unos espacios que le comunican su identidad y le permiten predecir itinerarios y coincidencias, la ciudad pierde buena parte de su capacidad de información y de accesibilidad. Es decir, deja de ser un contenedor y un incitador de la vida colectiva.

Para establecer un lenguaje comprensible, hay que reusar las palabras y la sintaxis que el ciudadano ya ha asimilado gracias a la acumulación y superposición de los diversos términos de una gramática tradicional. No se trata de reproducir textualmente las morfologías históricas sino de reinterpretar aquello que hay de legible y antropológicamente conformado en la calle, la plaza, el jardín, el monumento, la manzana, etc. Seguramente seré acusado por muchos urbanistas pretendidamente innovadores, de urbanista conservador, reaccionario, anticuado. Pero quiero insistir en que la ciudad tiene un lenguaje propio del que es muy difícil escaparse. No se trata de reproducir las avenidas hausmannianas, ni las calles de las cuadrículas del XIX, ni las plazas barrocas, ni los jardines de Le Nôtre o de Capability Brown. Se trata de analizar, por ejemplo, cuales son los valores centrípetos de las plazas, cual es el poder plurifuncional de una calle alineada con comercios, cuales son las dimensiones que han permitido el establecimiento de las tipologías más frecuentes. Y se trata de comprobar como el abandono de esos cánones provoca la muerte de la ciudad: los espacios residuales de la periferia y el suburbio, los grandes centros comerciales de extrarradio, las autopistas urbanas, los campus universitarios apartados de los núcleos urbanos, etc.

## 7. Planes Generales y proyectos arquitectónicos

Con todas estas consideraciones llegamos a otra consecuencia muy importante que Barcelona ha aplicado hasta ahora de manera radical y que se está abriendo paso en muchas ciudades europeas: los instrumentos urbanísticos para la reconstrucción y para la extensión de una ciudad no pueden limitarse a los Planes Generales normativos y cuantitativos. Hay que dar un paso adelante en la exigencia proyectual. Hay que definir concretamente las formas urbanas. Es decir, en vez de utilizar los Planes Generales como documento suficiente, hay que imponer los Proyectos Urbanos Puntuales. Si me permiten decirlo exageradamente, diría que hay que sustituir el Urbanismo por la Arquitectura. Hay que proyectar el espacio público --es decir, la ciudad-- punto por punto, área por área en términos arquitectónicos. El Plan General puede ser un esquema de intenciones pero no será efectivo hasta que sea la suma de estos proyectos, más el estudio de los grandes sistemas generales del gran territorio, más la definición política de objetivos y métodos que seguramente es lo más importante. Durante estos últimos 30 años los Planes Generales han justificado en toda Europa la disolución de la ciudad, su falta de continuidad física y social, su fraccionamiento en guetos y han facilitado la criminal especulación del suelo no urbanizable. Y, además, han falseado la participación popular, cuyos criterios, lógicamente, no pueden alcanzar más allá de la dimensión del barrio.

## 8. La continuidad de las centralidades

Controlar la ciudad con proyectos urbanos sucesivos más que con Planes Generales no formalizados permite imponer una continuidad del carácter urbano, la continuidad de unas relativas centralidades. Es un camino para superar las graves diferencias sociales entre centro histórico y periferia. Ya sé que estos últimos años han aparecido muchas voces defendiendo la ciudad difuminada, informalizada de las periferias como el futuro deseable y previsible de la ciudad moderna. La "ville éclatée". Esta posición me parece extremadamente equívoca. Las periferias no se han construido para atender unos deseos de los usuarios. Han aparecido por dos motivos que corresponden a los intereses del capital de la promoción pública o privada y a la política conservadora: rentabilizar especulativamente el valor de unos terrenos que estaban fuera de las áreas urbanizables y segregar de la colectividad ciudadana los grupos sociales y las actividades que molestaban a las clases dominantes. Los urbanistas que defienden el modelo de la periferia no se dan cuenta que lo único que hacen es ponerse al lado de la especulación del mercado, sin añadir ninguna consideración ética. Sin considerar los daños económicos y sociales de la periferia e incluso del suburbio. Es decir, sin cultura.

## 9. La calidad arquitectónica entre el servicio y la profecía

Cualquier propuesta urbanística no tiene ningún sentido si no se apoya en la calidad arquitectónica. He aquí un tema difícil. Si la ciudad y la arquitectura deben ser un servicio a la sociedad, deben ser aceptadas y comprendidas por ella. Pero si es un arte, un esfuerzo cultural, debe ser un acto de innovación hacia el futuro, en contra de las costumbres establecidas. La buena arquitectura no puede ser sino una profecía en lucha contra la actualidad. Servicio actual y profecía contestataria es el difícil dilema que debe resolver la buena arquitectura.

## 10. La arquitectura como proyecto de ciudad

No quiero acabar sin referirme a otro problema arquitectónico. Es evidente que hoy día hay una gran fractura entre la diversa producción arquitectónica. Por un lado hay la escasa arquitectura de los grandes arquitectos que se publica en las revistas y se exhibe en las exposiciones. Por otro lado hay la abundantísima arquitectura real, la que se hace en nuestros horribles suburbios, en nuestras costas turísticas, en los

márgenes de las autopistas, en los centros comerciales. Una arquitectura muy mala, la peor de la historia, que destruye ciudades y paisajes.

Hay muchas razones para explicar este fenómeno, pero las más evidentes son la peculiaridad tipológica de los grandes proyectos y la mercantilización de la arquitectura vulgar. Los grandes proyectos no son capaces ahora de proponer modelos metodológicos y estilísticos y, en consecuencia, la mayor parte de arquitectura vulgar no tiene ni el recurso de la copia amanerada.

Seguramente no estamos hoy en condición de reclamar la creación de modelos académicos como había ocurrido en la historia de todos los estilos. Quizás sólo haya la posibilidad de establecer una regla más metodológica que estilística: que la arquitectura sea primordialmente una consecuencia de la forma de la ciudad y del paisaje y que participe en su nueva configuración. Este sería un buen instrumento para un nuevo orden en contra de las elucubraciones insolidarias de la buena arquitectura y la falta de cultura de la arquitectura vulgar.

He empezado hablando de la ciudad como proyecto arquitectónico y he acabado hablando de la arquitectura como proyecto de ciudad.

\* \* \*

Yo quería hacer un simple discurso informal agradeciendo la medalla. Pero veo que me ha salido demasiado académico y, por lo tanto, aburrido y pedante. Perdonen ustedes. No he resistido la tentación de subrayar esos diez puntos programáticos sucesivos y concatenados, como consecuencia del acontecimiento inicial de la política urbanística de Barcelona. Estos puntos y su coherencia metodológica no hubieran sido posibles sin las líneas políticas que han marcado nuestros tres alcaldes socialistas, Serra, Maragall y Clos. A ellos hay que agradecerse y a ellos hay que atribuírselos

Oriol Bohigas